

## La función parental en la adopción

### The parenting function in Adoption

ALEJANDRO ÁVILA ESPADA<sup>1</sup>

#### RESUMEN

La decisión de adoptar deriva no sólo de una compleja situación psicológica secundaria a la imposibilidad de tener hijos por vía biológica, sino como efecto de variables sociales y de edad. En este trabajo se recorren los conceptos de parentalidad, maternidad y paternidad, situando el proceso de la parentalidad, como despliegue de la función materna y paterna; funciones que van más allá de las características asociadas a los roles sexuales y de género. Se propone que la experiencia de la infertilidad implica una herida al narcisismo al enfrentarse a la incapacidad de ser fértil, considerada esencial en muchas culturas, y se consideran otras determinaciones sociales que influyen en la adopción. Tras revisar, siguiendo principalmente a Winnicott (1998a,b), las diferentes trayectorias y problemáticas de la adopción y la importancia de requerir a tiempo ayuda profesional, se presta especial atención a la adecuada transmisión de información de los padres a sus hijos adoptivos, factor clave para resolver la tensión entre la tendencia a la negación –por el hijo o por los padres– del origen y de todas las marcas que puedan señalar ese rastro, y la necesidad de afirmarse en la diferencia y expresar su identidad, fenómeno que hace especial eclosión en la adolescencia. Se subraya que responder a las preguntas sobre el origen no es transmitir un saber adquirido, sino un aspecto de la construcción de la parentalidad en los padres adoptantes, y con ello la posibilidad de abrir un espacio psicológico para sí como padres, y para el hijo/a, como tal.

---

1. Catedrático de Personalidad, Evaluación y Tratamiento Psicológicos de la Universidad Complutense, Facultad de Psicología, Madrid (España). E-Mail: avilaespada@psi.ucm.es

**Palabras clave:**

Adopción, Parentalidad biológica, Parentalidad adoptiva, Maternidad, Paternidad, Adolescencia.

**ABSTRACT**

The decision to adopt derives not only from a complex psychological situation secondary to the impossibility of having children by biological means, but as an effect of social and age variables. This paper covers the concepts of parenthood, both maternity and paternity, defining the parenting process as the unfolding of maternal and paternal functions; functions that go beyond the characteristics associated to sexual and gender roles. The paper proposes that the experience of infertility implies damage to the narcissist ego, as it faces the incapacity to be fertile, which in many cultures is considered essential, and studies other social determinants which influence adoption. After revising, principally following Winnicott (1998a,b), the different paths and problems inherent to adoption and the importance of requesting professional support in time, special attention is given to the adequate transmission of information from the parents to the adopted child, as a key factor to resolving the tensions between the tendency –of parents or children– to deny the origin of all the marks that may point out that trace, and the need to affirm the difference and express his/her own identity, a phenomenon that outbreaks particularly in adolescence. It is pointed out that to answer questions about origin is not merely a transmission of an acquired knowledge, it is an aspect of the construction of parenthood in adopting parents and with this the possibility of opening a psychological space for themselves as parents and for the adopted child, as such.

**Key words:**

Adoption, Biological Parenting, Adoptive Parenting, Motherhood, Fatherhood, Adolescent.

### Parentalidad biológica y adoptiva: algunas consideraciones

La decisión de adoptar suele derivar de una compleja situación psicológica secundaria a la imposibilidad de tener hijos por vía biológica, o como efecto de variables sociales y de edad. Asumir y ejercer la paternidad o maternidad es tomar conciencia de un proceso complejo, y a la vez un rol a construir, una función que cada uno despliega en forma singular y que no se reduce a las consecuencias de un hecho biológico. La capacidad de procrear por sí sola no nos hace padres, de la misma manera que ser hijo adoptivo no trae *per se* una carga patógena, sino como efecto de lo secreto y del modo anómalo de manejar la información acerca del origen y la diferencia con “los otros”.

¿Qué sabemos de las diferencias entre la parentalidad<sup>2</sup> adoptiva y la biológica?

Empezando por la psicología comparada, además de las leyendas y relatos novelescos que plasman los ejes de nuestra cultura, la paternidad adoptiva ha sido observada claramente en perros salvajes, lobos (de la que nuestra cultura romana hace honor al darle a la loba capitolina su decisivo papel en el origen de la civilización), chacales, leopardos cazadores, gaviotas, y

en los monos papiones (entre los que se ubica la leyenda novelesca de Tarzán) (Masson, 2000). En la psicología animal se constatan así abundantes ejemplos de que la parentalidad no se asienta solo en la biología.

En lo que atañe a la adopción, la maternidad y paternidad derivan de las capacidades para ejercer la función materna y paterna respectivamente, o incluso para ejercer ambas, porque aunque en la pareja de padres biológicos las funciones paterna y materna pueden en ocasiones solaparse, desdibujarse y alternarse, encontraremos sin embargo ciertos caminos rotulados por la biología desde el mismo embarazo; es en la paternidad y maternidad de origen adoptivo donde la distinción entre ambos roles será mucho más difusa. Entonces el varón, p.e., según sus características psicológicas, puede desplegar más función materna que la propia mujer que forma esa pareja, quien complementariamente, o por efecto de su personalidad, podría desplegar más características de la función paterna. Ese potencial intercambio de roles, esa plasticidad o forma idiosincrásica de ejercer los roles, que se puede observar también en la pareja biológica, tiene en la adopción amplias posibilidades y límites mucho más difusos, precisamente porque

---

2. Usaremos el término parentalidad para referirnos indistintamente al despliegue de la paternidad o maternidad, bien por separado o conjuntamente.

ninguno ha tenido al bebé dentro de sí físicamente, previamente a encarar la tarea de crianza. Y las fantasías que llevan al despliegue del rol materno en los varones que adoptan son mucho más intensas y frecuentes que en los padres biológicos; fenómeno potenciado por las dificultades de la mujer para desplegar su papel de madre a partir de la evidencia de su infertilidad, donde la elaboración de la pérdida o dificultad de disponer de esa función precede a poder ocupar de manera sana su lugar como madre. Esta situación vincular debe clarificarse conjuntamente para que la pareja parental supere el encasillamiento en lugares frecuentemente falsos (p.e. la esterilidad de la mujer vs. la potencia del varón) como nos demuestran las abultadas tasas de esterilidad determinada por el factor masculino, y que la pareja encare las dificultades de fertilidad como una situación compartida, soslayando las estructuras de negación que sostienen algunos papeles tópicos que nos muestran al varón “solo fecundo como madre” o a la mujer “fállica y estéril como madre pero potente como padre”.

La paternidad y la maternidad es una dimensión psicológica y construida que no se basa en lo biológico, sino en qué sea posible ocupar el papel de padre o madre, a los cuales se accede por un sistema relacional complejo, que incluye el sistema de los cuidados y la palabra. Se trata de la capacidad de prestar ciertos cuidados que son

fundamentalmente de tipo emocional, engarzados en torno a la palabra, con la que el padre y la madre despliegan su papel. De la misma manera padres y madres biológicos y adoptantes, ocupan ese espacio de paternidad y maternidad, y lo hacen de forma idéntica, pues se puede tener un hijo biológico sin desplegar la función paterna o materna. Somos padres y madres ocupando ese lugar, desplegando la capacidad de cuidado y la palabra inherente al mismo. Los procesos de preocupación maternal primaria, característicos de la función materna, así como la función de diferenciación y ley que es inherente a la función paterna, configuran el escenario y procesos de la parentalidad, a través del despliegue de ambas funciones: materna y paterna, funciones que van más allá de las características fenotípicas de los roles sexuales y de género.

¿Habrán en esa madre, y padre potenciales, capacidad empática suficiente para sostener al bebé y para ocupar ese espacio de palabra que les hará padres o madres? Es necesario, que uno de los miembros de la pareja parental, ordinariamente la madre, pueda desplegar una cualificada capacidad para cuidar y sostener, mientras que las dificultades que genera esa tarea y la recomposición a la que implica el ocupar ese lugar, serán facilitadas por el otro miembro de la pareja, en este caso el padre, que sostiene a la madre. Una trama vincular en la que puede insertarse un hijo/a y tener

lugar. Reiteramos que una mujer puede desplegar la función paterna y un hombre puede desplegar la función materna, mientras que en las familias monoparentales las cosas se complican un poco más, ya que si bien una sola persona podría desplegar ambas funciones, estará sobrecargada, y requerirá estar adecuadamente sostenida por una amplia red de relaciones de familia extensa o pares.

Las personas que vienen de un dilatado recorrido por experiencias de infertilidad y fracaso conceptivo presentan una problemática específica que se manifiesta como herida grave a su propio narcisismo, provocado por la experiencia de enfrentarse a una incapacidad esencial, la de ser fértil, que viene a ser considerada esencial en la mayoría de las culturas, donde se ha creado el arquetipo de que una mujer que no tiene hijos no está completa o no tiene valor. La casuística clínica nos ha aportado abundantes ejemplos de que en estos casos puede darse una profunda ambivalencia en torno al deseo de tener hijos, representado como un lenguaje de espera y anhelo, pero a la vez negado en un cuerpo que no da el soporte necesario, que se rebela, en un clima emocional entre la tristeza de no lograrlo y a la rabia, disimulada o reprimida derivada del senti-

miento de “no valer, de no ser nadie si no se es madre” bien ante la pareja, la constelación familiar de origen o el contexto social de pertenencia. Los factores psicodinámicos y sociales más consistentemente constatados en la clínica de la infertilidad han sido ya expuestos en trabajos anteriores (Langer, 1964; Ingelmo, Vaz y Silvestre, 1984; Ávila, 1993). La tensión estructural de este conflicto ha de ser reconocida, elaborada y resuelta en gran medida, antes de que se encaren las exigencias reales de la parentalidad, para no lastrarla con ella.

El escenario emocional que lleva a la adopción puede derivar también de otras representaciones sociales, como las de las identificaciones solidarias con entornos o culturas con graves dificultades económicas<sup>3</sup>, o como una experiencia de juego o aventura “que está de moda”, escenarios que no siempre son positivos, y que puede ser actuaciones negadoras de la aceptación de lo imposible o de las dificultades inherentes de enfrentar los cambios del ciclo vital. Enfrentar la parentalidad adoptiva requiere un elevado grado de madurez, y no es una forma más de evitación o solución de conflictos en la propia identidad o en la pareja. La adopción es un recurso social más, en la medida en que hay

---

3. El *boom* de la adopción en España se disparó después de la emisión por los medios de comunicación de masas de un documental sobre las más que precarias condiciones en que vivían las niñas en los orfanatos chinos (v.g. “Las habitaciones de la muerte” Documentos TVE).

niños y niñas que necesitan padres y entornos adecuados para su desarrollo, y que pueden ser confiados a personas capaces de enfrentar la tarea de crianza, tarea que hay que abordar sobre todo con delicadeza y generosidad, tanto por los potenciales padres adoptantes como por los profesionales que asesoran en este campo.

Adoptantes y adoptados habrán de gestionar sus dificultades. Como subrayó Winnicott (1998c) los padres adoptivos comparten con los padrastros y las madrastras la dificultad de no poderse identificar plenamente con sus hijos adoptivos o hijastros en el mismo nivel profundo que con sus hijos biológicos, teniendo que resolver dicha diferencia en sus diferentes claves: biológica (la transmisión hereditaria), antropológica (el tabú del incesto), entre otras.

Hemos de tener en cuenta también los especiales problemas emocionales que se constatan comúnmente en niños/as adoptados (Grinberg y Valcarce, 2003), quienes han de elaborar, además de los problemas inherentes al desarrollo normal, las experiencias y fantasías de haber sido abandonados, rechazados por sus padres biológicos, o la incapacidad de éstos para cuidarles. Aunque casi todos los niños desarrollan con cierta frecuencia fantasías de haber sido adoptados, vivir la realidad de tener dos pares de padres reales, los biológicos y los adoptivos, parece interferir con la función constructiva y regula-

dora de las fantasías. El haber sido realmente objeto de abandono mantiene en lo actual ese peligro y hace sentir la ansiedad de que toda fantasía pueda “realizarse”. Es decir, como subrayan Grinberg y Valcarce (2003), no sólo existe la vivencia de una *pérdida ocurrida*, que produce dolor, vergüenza y rabia, sino la *angustia de que pueda repetirse*. Este escenario estructural provoca un incremento de la ansiedad de separación, bien como aumento de la dependencia de la madre adoptiva o bien rechazarla para vengarse o anticiparse al rechazo. Y la madre adoptiva puede ser vista como la “salvadora todopoderosa” que puede también deshacerse del niño/a, si éste no se porta como ella quiere, conduciendo a una actuación como si, al despliegue de un *falso self* que agrada a la madre. Este concepto nos acerca al pensamiento de D.W. Winnicott, quien se ocupó ampliamente de la adopción, tanto a partir de su clínica como de su propia experiencia con adolescentes.

Winnicott formula algunos indicadores sobre la adopción que marcan interesantes puntos de reflexión. Primero, sobre el horizonte de la normalidad: “*Si la adopción marcha bien, la historia que se desarrolla es común*” (1998a) insistiendo en que ¿por qué hemos de ver la adopción necesariamente como una “historia excepcional”? Lo que no implica negar las diferencias, siempre cruciales tanto para los hijos como para los

padres: *“Por más que una adopción tenga éxito, siempre habrá (...) algo distinto de lo habitual tanto para los padres como para el niño (modificación del sentido de obligación). Los niños no tienen que agradecerles a sus padres biológicos haberlos concebido, aunque de hecho pueden echarles la culpa por ello. Pueden presumir que sus padres experimentaron algo muy valioso para ellos en todo el lapso que llevó al momento de concebirlos. Con los niños adoptados no ocurre lo mismo (...) los padres biológicos que los concibieron son desconocidos e inaccesibles, y con sus padres adoptivos la relación real no puede llegar a los niveles más primitivos de su capacidad para relacionarse. En algunos casos, cuando hay problemas, este rasgo se torna tan importante que una vez que los hijos adoptivos llegan a la edad adulta se empeñan en indagar el tema de su origen, y no se satisfacen hasta haber encontrado a uno de sus padres reales, o a ambos”*<sup>4</sup> (1998a). Tanto lo diferente como lo común de las historias familiares de la adopción necesita ser construido como historia propia, encarada por sus actores, compartida como escenario de relación.

Winnicott propone considerar dos categorías de problemas en la adopción: los problemas en el manejo de la adopción misma, inherentes potencialmente a toda adopción, y las complicaciones resultantes del manejo deficiente del bebé antes de que sea

adoptado, que en algunos casos se manifestará como psicopatologías, incluso graves. Para estos últimos, el conocimiento de la historia temprana permitiría valorar de qué índole serán los problemas que pueden encontrar los padres adoptivos en el desarrollo de su hijo/a. De ahí la importancia de minimizar el impacto potencial de dichas dificultades a través de la adopción temprana. Dice Winnicott: *“La adaptación activa a la idea de adoptar activa sentimientos profundos. Cuando los padres se deciden finalmente a adoptar un bebé, están en el momento justo para hacerlo, y una demora de meses puede ser insalubre (...) Si un bebé no puede ser criado por sus padres biológicos, lo mejor que puede pasarle es que se lo incorpore a una familia, y se lo críe como parte de ella”* (importancia del sentido de pertenencia, que da la adopción legal), (1998b)

Cómo dice Winnicott, a veces más que adoptar un hijo, la madre sustituta se lleva consigo “un caso”, al convertirse la madre en “terapeuta” de un niño deprivado. Dice Winnicott muy gráficamente, hablándoles a los agentes sociales encargados de gestionar las adopciones en la Inglaterra de la postguerra: *“Cuando plantan un niño en medio de unos padres, no se trata de ofrecerles meramente una pequeña distracción, sino que altera toda su vida. Si todo sale bien, pasarán los próximos veinticinco años resolviendo el enigma que Vds. les han plante-*

*ado. Y si las cosas no salen bien –y a menudo tendrán que salir mal- ustedes los habrán involucrado en la difícil tarea de la decepción y la tolerancia a la falla” (1998a).*

Clarificando este punto de vista, y resumiéndolo, constatamos tres trayectorias tipo o categorías de adopción:

1. *Adopción temprana normal:* El niño/a es recogido lo antes posible cuando es bebé, y criado en un hogar estructurado, que funciona normalmente y en el que no hay secretos relevantes; los padres adoptivos se preocupan por él/ella, y buscan consejo, si es necesario, recurriendo a los canales normales, como harían con sus propios hijos, o para enfrentar sus propias crisis.
2. *Adopción tardía, sin historia traumática de especial relevancia:* La adopción es tardía o implica complicaciones, pero el niño/a tuvo un buen comienzo, estuvo adecuadamente sostenido. Los problemas tienen que ver con el hecho de que el niño/a ha conocido a otras personas que lo cuidaron, y posiblemente a uno de sus progenitores o ambos, con los que permanece una huella de vínculo significativo. La necesidad de elaborar suficientemente esta pérdida y sus causas, requiere un cuidado asistencial prolongado.
3. *Adopción traumática:* El niño/a se hallaba perturbado en el

momento de la adopción y en consecuencia los padres adoptivos tienen que aportar más cuidados que con un niño normal, lo que resulta insuperable más pronto o más tarde y requiere contar con la ayuda de un profesional. Si no se ha dado antes, es en la adolescencia cuando se produce la crisis, para la que hay que prestar las medidas de ayuda necesarias. Usar adecuadamente las ayudas profesionales evita que los padres se conviertan en imposibles terapeutas de sus hijos adoptivos.

**Un factor clave en la adopción: la adecuada transmisión de información al niño/a.**

La adopción implica recorrer algunos caminos complejos, como la toma de la misma decisión de adopción, la comprensión y aceptación de los diferentes límites legales, la superación de las sucesivas evaluaciones y trámites, la espera, a veces interminable, y finalmente, si el recorrido tiene éxito, la integración del niño en la nueva familia. Entre ellos, uno de los ámbitos más complejos es el que atañe a las preguntas que los niños/as hacen, fundamentalmente sobre su origen y condición, y las respuestas que los nuevos padres pueden dar. La dinámica de estas preguntas, expresadas tanto en el lenguaje manifiesto como en las actitudes latentes sutiles, es



cambiante, y los interrogantes se transforman conforme el contexto del niño/a va cambiando, así como las claves desde las que los padres adoptantes pueden responderlas.

Interrogarnos sobre el origen es uno de los lugares comunes de la especie humana. ¿Quiénes somos?, ¿de dónde venimos?, ¿qué justifica nuestro origen?, son preguntas que todas las personas nos hemos hecho en uno u otro momento. Necesitamos entender tanto la causa inmediata (la filiación biológica) como la última causa de la existencia de todo nuestro mundo (la atribución del origen a la explicación religiosa o material). Cómo seres individuales, la filiación implica entender quiénes son nuestros padres, a la par que reconocer tanto lo que nos asemeja a ellos como lo que nos diferencia. Coexisten en nuestro mundo simbólico tanto explicaciones materiales como relatos míticos, y si bien los relatos cambian, de alguna manera todos atravesamos la dialéctica entre que “nos trajo una cigüeña de París” y las muchas veces farragosas descripciones de “la semillita de papá que fecundó el huevo de mamá” con todos sus correlatos. Entre los hermanos –y muchas veces por los propios padres– circulan “bromas” del tipo de que “a ti te dejaron en la puerta unos gitanos”, o sea que en el mundo simbólico de nuestro desarrollo emocional circulan muchas interrogantes sobre nosotros, nuestros padres, y los verdaderos lazos que nos unen a unos

y a otros, sin que el tema de la adopción esté por medio.

¿Qué significa ser adoptado? Representa ser una persona igual que los demás pero con una historia vivida que empieza antes del encuentro con quienes serán de hecho sus padres. Nuestra historia como personas comienza en cierto sentido cuando tenemos conciencia de historia propia. Este sentido de historia personal se “re-escribe” constantemente a lo largo de la vida, y su primera versión viene basada en un relato construido por los padres, quienes ofrecen una narración sobre la etapa anterior a nuestro nacimiento, cómo nacimos, cómo fue nuestra crianza, las anécdotas y crisis de la misma, y así sucesivamente hasta que nosotros mismos tomamos el protagonismo del relato, generalmente discrepando o introduciendo matices que nos diferencian de nuestros padres. Y si nuestro desarrollo afectivo y social avanza normalmente llega un momento en que tenemos conciencia de “ser alguien en el mundo”, con la convulsión que esto provoca, un momento que habitualmente tendrá lugar en torno a la adolescencia.

En este proceso de construcción y desarrollo de la identidad personal, el niño/a adoptivo tiene que enfrentar una complejidad mayor, simplemente porque su historia es más compleja que la promedio, y muchas veces contiene lagunas significativas o realidades de difícil comprensión en momentos precoces.

Y en la historia de todo niño adoptado hay una madre biológica (y padre, aunque no siempre identificado o consciente de serlo) que no pudo o quiso tenerlo o criarlo, que por fuerza de sus circunstancias sociales, familiares o personales ha de ceder o abandonar a su hijo, y una madre y un padre adoptivo que optan a ser tales, en cuyo entorno crecerá, ya en el seno de una familia a la que pertenece por derecho. Del entrecruce de esos dos mundos, con sus respectivas historias, deriva la historia propia del niño/a adoptado. Pero ¿cómo pueden abordar los padres su tarea de ayudar al niño a construir su historia propia, proceso que coexiste muchas veces con su propia necesidad de entender el significado de la adopción para todos los implicados en ella?

Sobre este aspecto se han efectuado muchas propuestas, todas coincidentes en un elemento crucial: decirle al hijo/a adoptado la verdad, y lo antes posible, sin caer en el error común de “esperar a que lo pregunte”. Hablar de la adopción, y de la historia del origen como un elemento natural más de su historia propia. Pues conocer la propia historia personal es un derecho esencial de toda persona, tenga la edad que tenga. Está disponible una extensa literatura sobre las maneras de facilitar a los padres adoptantes esta tarea (Kweller, 1991, 1999; Giberti et al, 2001; Baeta, 2001). Consideremos que el adulto que miente al hijo, en lo esencial, no lo hace para proteger al

hijo de la “dolorosa” verdad, sino por su propia incapacidad para enfrentar el significado de dicha verdad, sus propios límites o fallas como persona. Y recordemos que asumir las fallas propias es elemento crucial de la evolución a la madurez.

Winnicott insiste también en este punto y subraya que ser engañado en una cuestión tan esencial a la propia existencia no se supera fácilmente: *“Se ahorran muchas dificultades si al niño se le dice a temprana edad que ha sido adoptado (...) Es absolutamente necesario que se les diga a los niños adoptivos cuales fueron los hechos de su vida. Otros niños se las ingeniarán para averiguar las cosas aquí y allí, y jugar con la imaginación y el mito; pero los adoptivos tienen que tener respuestas cabales y ser ayudados para que formulen las preguntas adecuadas”* (1998c).

El niño/a adoptado necesita poner en palabras un saber sobre su origen que deriva de muchas fuentes, desde un saber inconsciente, hasta una multiplicidad de aferencias internas y externas que lo corroboran. Un saber que se organiza como pensamiento si se puede construir un relato, una historia de vida que incluye el origen y sus vicisitudes, por qué fue cedido, y por qué fue aceptado, la cual hace posible la construcción de un espacio interno, necesario para el desarrollo de la identidad tanto de los padres adoptantes como de los niños adoptivos. Re-construir la propia historia

requiere no solo texto, sino quizá objetos, fotografías, documentos propios, dibujos, etc.)

Un lugar típico de conflicto se da en torno a cómo nombrar a la madre biológica, con una amplia variedad de tópicos, que a veces incluye también al padre biológico, entidad más abstracta. Además del nombre y denominación, el niño/a adoptado necesita recuperar “objetos” o signos de la madre biológica, para procesarlos como objetos internos que consolidan su identidad a través de la función transicional. Dice Winnicott: “*Estos niños necesitan información, pero la información sola no basta. Necesitan además contar con una persona confiable, que se ponga de su lado en la búsqueda de la verdad y comprenda que tienen que experimentar la emoción propia de la verdadera situación*” (1998c). Es decir, requieren que un adulto les acompañe en sentir el dolor, y expresar la emoción adecuada, evitando que se creen espacios de secreto o innombrables que lindan con la angustia psicótica. Este fenómeno se torna muy intenso en la adolescencia. Donde de nuevo se re-experienciarán las ansiedades básicas de un hijo/a adoptivo: el miedo a ser nuevamente abandonado por su familia, la desconfianza ante los adultos, y la creencia de que nada perdura, claves que serán inevitablemente enfrentadas en esa época de pérdidas y descubrimientos que es la adolescencia.

“*En los inicios de la pubertad*

*sobreviene una nueva necesidad de verdades fácticas (...) la pubertad fuerza a cada niño a adoptar una nueva orientación con respecto al mundo. Hay una fase de la adolescencia (...) que es una mezcla de desafío y de dependencia. Los adultos pueden perjudicarlos si suponen, por su comportamiento, que son adultos, o si los ridiculizan por su infantilismo (...) En la adolescencia, los niños adoptados no son iguales a los otros niños, por más que pretendamos lo contrario”* (1998c). Se trata de una entrada abrupta y rápida, sobre todo en la genitalidad, una etapa en la que expresar la rebelión, y llegar hasta los límites, poniéndolos a prueba constantemente. Para manejar este período y desplegar esa función, los padres adoptivos pueden tener dificultades, y pueden ser especialmente útil una intervención profesional: “*En general, los adolescentes precisan a alguien ajeno a la familia, con quien puedan ver su hogar desde cierta distancia, evaluarlo y criticarlo. El niño adoptivo tal vez encuentre muy peligroso usar con ese fin a sus amigos, y de hecho no es raro que sucedan cosas sorprendentes en una amistad cuando se da esa información sobre la adopción. Surge la necesidad de una relación profesional con un extraño, que no se preocupe directamente de la conducta, los logros o los aspectos morales, sino que pueda ser usado para explorar ciertas ideas*” (1998c).

La ayuda profesional facilita que el adolescente averigüe datos acerca del mundo real, reduce el *misterio* a una entidad manejable, reduciendo la intensidad de las fantasías, así como la carga potencial de emociones de amor, ira, horror, asco, siempre inminentes pero nunca suficientemente experimentadas. Y como dice Winnicott, si la emoción no es experimentada, jamás se la puede dejar atrás. La vida es un recorrido de crisis, donde lo esencial no es que las haya o no, sino cómo se comparten y gestionan. Ser padres tiene su riesgo, como ser hijos: *“Sin duda al llegar a la adolescencia muchos hijos adoptivos se dan cuenta de que si hubieran podido elegir no habrían optado por los padres que se les asignó; pero así*

*como los padres adoptivos tienen que correr un riesgo, también los hijos adoptivos deben hacerlo (...). Todos los niños reorientan su vida hacia la pubertad, y los hijos adoptivos enfrentan a esta edad una tarea especial, y necesitan ayuda especializada. También los padres adoptivos necesitan ayuda para el manejo de sus sentimientos...”* (1998c).

Para los padres y madres adoptantes, y los hijos e hijas adoptivos queda un amplio camino por recorrer, cada uno desde su lugar. En lo esencial no será un camino diferente del de cualquier otra experiencia de parentalidad o filiación, a condición de que no se nieguen las diferencias que dimanan de la singularidad de cada historia vivida.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Amorós Martí, P. (1987). *La adopción y el acogimiento familiar*. Madrid: Narcea de ediciones.
- Angulo, J. y Reguilón, J. A. (2001). *Hijos del corazón. Guía útil para padres adoptivos*, Madrid: Temas de Hoy.
- Audusseau-Pouchard, M. (1997). *Adoptar un hijo hoy*. Barcelona: Planeta
- Ávila, A. (1993). Estrés y procesos psicológicos en la infertilidad humana. capítulo 10 de la obra coordinada por J. Buendía, *Estrés y Psicopatología*, (pp.181-200). Madrid: Ediciones Pirámide, S.A.
- Baeta, F. (2001). *La adopción explicada a mis hijos*. Barcelona: Plaza y Janés.
- Biniés, P. (1995). *Tú, nuestro sueño. Crónica de una adopción internacional*. Barcelona: ADDIA.
- Capel, A. (1999). *Manual práctico de adopción internacional*. Madrid: Octaedro.
- Cernuda, P. y Sáenz-Diez, M. (2000). *Los hijos más deseados*. Madrid: El País-Aguilar
- Conselleria de Benestar Social Generalitat Valenciana (1999). *Vamos a ser familia adoptiva*. Valencia: Conselleria de Benestar Social Generalitat Valenciana.
- Garriga Gorina, M. (2000). *La adopción y el derecho a conocer la filiación de origen: un estudio legislativo y jurisprudencial*. Pamplona: Aranzadi.
- Giberti, E. (1998). *La Adopción. Padres adoptantes, hijos adoptivos "los otros"*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Giberti, E. et al. (2001). *Adopción para padres*. Buenos Aires: Lumen-Humanitas.
- Giberti, E. y Chavanneau de Gore, S. (1991). *Adopción y silencios*. Buenos Aires : Sudamericana.
- Giberti, E. y Gras, A. (1996). *El poder, el no poder y la adopción. Perspectivas éticas*. Buenos Aires: Lugar editorial.
- Giberti, E. y Vul, M. (comps.) (1999). *La adopción. Nuevos enigmas en la clínica*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Giberti, E.; Blumberg, S.; de Renzi, Cristian; Gelman, B. y Lipski, G. (1994). *Adoptar hoy*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Grinberg, R. y Valcarce, M. (2003). Reflexiones acerca de la adopción: un caso clínico. *Intersubjetivo*. 5 (1) 5-14.
- Ingelmo Fernández, J.; Vaz Leal, F.J.; Silvestre García, M. (1984). Esterilidad psicósomática femenina: Una contribución a su estudio. *Actas Luso Españolas de Neurología, Psiquiatría y Ciencias Afines*; 1984 May-Jun Vol 12(3) 185-191

- Instituto Madrileño del Menor y la Familia, Colegio Oficial de Psicólogos de Madrid, Colegio Oficial de Trabajadores Sociales de Madrid (s.a.). *Adopción internacional para psicólogos y trabajadores sociales del Turno de Intervención Profesional (TIPAI)*. Madrid. [Documentación del curso]
- Kweller, Dora. (1991). *¿Mamá... "adoptivo" es una mala palabra?. Guía para padres adoptantes*. Buenos Aires: Editorial Nuevo extremo.
- Kweller, Dora. (1999). *¿Adoptivo ? Guía para Padres y Cuentitos para Leer y Pintar para los Chicos*. Buenos Aires: Ediciones Silzú
- Lancaster, K. (1999). *Claves para criar un hijo adoptado*. Buenos Aires: Errepar-Longseller
- Langer, Marie (1964). *Maternidad y Sexo. Estudio psicoanalítico y psicossomático*, 2ª ed. Revisada; Buenos Aires: Paidós.
- Masson, J. (2000). *La paternidad en los animales. Padres y padrazos*. Madrid: Ateles editores.
- Mateo, María R. (1996). *¿Por qué adoptar en otro país?:* Madrid: Asociación Centro de Iniciativas de la Economía Social
- Polaino, A., Sobrino Morrás, A. y Rodríguez Sedano, A. (eds.) (2001). *Adopción. Aspectos psicopedagógicos y marco jurídico*. Barcelona: Editorial Ariel.
- Ripol, A. (1997). Saberlo desde siempre. *Revista Infancia y Adopción*. Editado por ADDIA. Barcelona.
- Ruskai Melina, L. (2001). *Cómo educar al niño adoptado. Consejos prácticos y alentadores para los padres adoptivos*. Barcelona: Medici.
- Siegel, Stephanie E. (1992). *Su hijo adoptado*. Buenos Aires: Paidós.
- Triseliotis, J. (1992). *El trabajo de grupo en la adopción y el acogimiento familiar*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales
- Winnicott, D.W. (1999). Preocupación maternal primaria. En *Escritos de Pediatría y Psicoanálisis*. Barcelona: Paidós. [Original de 1956].
- Winnicott, D.W. (1998a). Dos niños adoptados. en *Ibid. Acerca de los niños*. Barcelona: Paidós. [Original de 1953]
- Winnicott, D.W. (1998b). Obstáculos en la adopción. en *Ibid. Acerca de los niños*. Barcelona: Paidós. [Original de 1954]
- Winnicott, D.W. (1998c). Los hijos adoptivos al llegar a la adolescencia. en *Ibid. Acerca de los niños*. Barcelona: Paidós. [Original de 1955]
- Walvoord Girard, L. (1986). *Adoption is for always*. Morton Grove, Illinois, USA: Albert Whitman & Company